LA INCONTINENCIA VERBAL Y EL FRACASO DE LA II REPÚBLICA ESPAÑOLA. EL DISCURSO POLÍTICO IRRESPONSABLE Y SU CONTRIBUCIÓN AL ESTALLIDO DE LA GUERRA CIVIL

Jiří Chalupa

Katedra romanistiky, Filozofická fakulta, Univerzita Mateja Bela v Banskej Bystrici, Tajovského 40, 974 01 Banská Bystrica, Eslovaquia

Jiri.Chalupa@umb.sk

VERBAL INCONTINENCE AND THE FAILURE OF THE SECOND SPANISH REPUBLIC. IRRESPONSIBLE POLITICAL DISCOURSE AND ITS CONTRIBUTION TO THE OUTBREAK OF THE CIVIL WAR IN SPAIN

Abstract: The intention of this paper is to show how much the tragic failure of the Second Spanish Republic was the result not only of the economic, social, and international situation, but also the totally irresponsible behaviour of many of the main political actors in the 'thirties. Some speeches of Manuel Azaña, Francisco Largo Caballero, José María Gil Robles, and José Antonio Primo de Rivera will be analysed in order to show how much those iconic characters let themselves be seduced by their own words, speaking in a very reckless manner without thinking of the possible consequences of such diatribes. Some of those personalities were being changed into fictional characters to a certain point, perhaps even parodic – products of their own verbiage: Largo Caballero into a "Madrid Lenin", Gil Robles into a "Spanish Mussolini", José Antonio into an "out-and-out fascist". The power of the propaganda word, which is often underestimated and which can cause real disasters simply because the speakers, powered by the energy of an excited crowd, do not know when to stop, will be highlighted. How some terms, for example "anti-Spain", can carry so much explosive and destructive cargo that their widespread use can lead almost inevitably to a conflict of unexpected dimensions, in our case the Spanish Civil War, will be shown.

Keywords: Spanish History; Second Spanish Republic; Spanish Civil War.

Resumen: Nuestra intención es mostrar hasta qué punto el trágico fracaso de la II República Española fue resultado no solamente de la situación económica, social e internacional, sino también de un comportamiento totalmente irresponsable de muchos de los principales actores políticos de los años treinta. Vamos a analizar algunos discursos de Manuel Azaña, Francisco Largo Caballero, José María Gil Robles y José Antonio Primo de Rivera con el fin de enseñar lo mucho que aquellos protagonistas emblemáticos se dejaban seducir por sus propias palabras, hablando de una manera totalmente irresponsable, sin pensar en las posibles consecuencias de tales diatribas. Y convirtiéndose algunos en personajes hasta cierto punto ficticios, quizás incluso paródicos, productos de su propia palabrería: Largo Caballero en un «Lenin de Madrid», Gil Robles en un «Mussolini español», José Antonio en un «fascista puro y duro». Vamos a poner de relieve la frecuentemente

subestimada fuerza de la palabra propagandística que puede ocasionar auténticas catástrofes simplemente porque los oradores, propulsados por la energía de una multitud excitada, no saben parar a tiempo. Mostraremos cómo algunos términos, p. ej. el de «anti-España», pueden llevar tanta carga explosiva y destructiva que su uso extendido conduce casi inevitablemente a un conflicto de dimensiones inesperadas, en nuestro caso la Guerra Civil Española.

Palabras clave: Historia española, II República Española; Guerra Civil Española.

Las palabras son como flechas [...] Una vez lanzadas no hay manera de hacerlas volver.

George R. R. Martin, Festín de Cuervos

Hay que desmontar y montar de nuevo el Estado. Fernando de los Ríos, El Sol, 2 de mayo de 1931

Entre marxistas y fascistas, entre los hunos y los hotros, van a dejar a España inválida de espíritu.

Miguel de Unamuno, *Epistolario inédito. II.* 1915-1936, carta n. 479

¿Fuerzas ciegas o políticos inmaduros?

El tema de la responsabilidad de algunos políticos concretos en el fracaso de la República y en el desencadenamiento de la guerra civil -o la «guerra incivil», como decía Unamuno- en nuestra opinión no despierta tanta atención como uno podría esperar teniendo en cuenta la inmensa cantidad de textos de todo tipo que todos los años se publican sobre el peor conflicto civil de la historia española. Uno de los posibles motivos de este «relativo silencio» es el hecho de que para los historiadores será más cómodo presentar el panorama bastante desolador de los años 1931-36 aludiendo a las «fuerzas históricas», a las «situaciones económicas o sociales adversas», al «contexto general» o al «marco internacional». Tal procedimiento, por supuesto, les quita una buena parte de responsabilidad a sus figuras favoritas, con lo cual los partidarios actuales de aquellos bandos enfrentados en los años treinta pueden seguir con sus interpretaciones parciales y a propósito subjetivas, más bien levendas y mitos que discursos historiográficos tipo: «la lucha contra el fascismo y la reacción», «la defensa de los valores tradicionales», «la Fe contra los ateos, comunistas y masones», «la transformación de España en un país moderno y occidental», y un muy largo etcétera. Durante décadas predominaban entre los historiadores análisis que atribuían el origen de la Guerra Civil Española (GCE) a la intervención de «fuerzas exógenas». La teoría A decía que la GCE fue resultado de una intromisión fascista. La teoría B afirmaba que detrás de la masacre había que buscar una conspiración comunista. El resultado de semejante «historiografía» eran textos realmente peculiares, como p. ej. el del padre redentorista Andrés Goy, autor de un manual oficial de formación religiosa y patriótica para los jóvenes escolares titulado Religión y Patria. Estampas religioso-patrióticas, que en 1945 valoraba la GCE con las siguientes palabras rotundas: «No era aquélla guerra civil, porque no es guerra civil la que mantiene la autoridad contra los ladrones, asesinos e incendiarios: eran los momentos del ser o no ser del alma española» (Otero 2000: 21). Más tarde la búsqueda de las causas de la gran tragedia se torna más sutil y sofisticada, generando teorías sobre los motivos socio-económicos de la catástrofe: diferencias demasiado agudas entre los ricos y los pobres; una crisis estructural crónica que España sufre desde mediados del siglo XIX como resultado

de su tardía e incompleta participación en la revolución industrial y científica; la actual Gran Depresión, etc. O encontraremos igualmente especulaciones sobre una gestación del conflicto a largo plazo, es decir, el concepto de una lucha encarnizada de dos Españas incompatibles que empieza ya a principios del siglo XIX con el enfrentamiento entre los afrancesados y los tradicionalistas. O una refinada hipótesis sobre el planteamiento universal de un enfrentamiento entre las tres «erres», es decir, entre Reforma, Revolución y Reacción, tres proyectos políticos difícilmente compatibles cuyo conflicto mutuo tiene que resolverse de alguna manera. En Gran Bretaña, Francia o Checoslovaquia triunfa el reformismo, es decir, poco a poco se está transformando el estado capitalista liberal en una sociedad de bienestar y de fuerte intervención estatal en la economía de mercado; en Rusia se impone una revolución comunista; y el proyecto reaccionario se realizará incluso en dos variantes distintas: la autoritaria, p. ej. en la Polonia del mariscal Pilsudski o en el Portugal del profesor Salazar, y la totalitaria en la Italia de Mussolini o en la Alemania de Hitler. 1 Según esta interpretación la GCE no es otra cosa que una consecuencia del empate que se produjo en España donde ninguno de los tres proyectos tuvo suficiente fuerza para someter a los demás sin una confrontación bélica.

Mencionemos solo lacónicamente que ninguna de las teorías arriba mencionadas nos convence del todo, ya que hablando de la situación socio-económica conviene tener en cuenta que el retraso económico y la pobreza de España eran perfectamente comparables con Portugal o Grecia donde por aquel entonces no iba a desencadenarse ningún conflicto parecido. Y añadamos que los efectos de la gran crisis del veintinueve sí que se dejarían sentir en España, pero en ningún caso de manera tan cruda y destructiva como en muchos otros países europeos que no conocerían ninguna guerra civil. El enfrentamiento de «dos Españas» es innegable, pero, primero, es un concepto bastante vago que no abarca un vasto sector de la sociedad española que no se identifica ni con lo primero ni con lo segundo constituyendo una enorme masa de la llamada «tercera España». Y segundo, reducir el amplio abanico de proyectos políticos existentes en los años treinta a dos nos parece simplificar demasiado. La misma objeción surge en cuanto a la teoría de las tres erres. P. ej. la revolución planeada por los falangistas en el estilo de un «fascismo católico» difícilmente podría encasillarse bajo la etiqueta de Reacción, ya que al menos en la versión presentada por José Antonio suponía una radical transformación de las estructuras económicas y sociales del país. Por otro lado, englobarla dentro de la Revolución significaría ponerla a la par con los proyectos revolucionarios de los marxistas, tanto socialistas como comunistas, o los anarquistas, que ya no sería simplificar sino más bien despistar o incluso manipular. Además, si realmente estamos dispuestos a creer que el gran conflicto entre las dos Españas se iba gestando desde hacía más de cien años, surge una pregunta lógica: ¿por qué estalla precisamente a mediados de los años treinta del siglo XX? Y volviendo una vez más a las «tres erres», se nos ocurre otra pregunta inevitable: si España realmente representaba una excepción dentro de toda Europa, un empate inaudito entre tres fuerzas históricas, ¿por qué fue así? Decir que algo es excepción no es explicar sino solamente constatar.

Sin embargo, no es nuestra ambición presentar aquí y ahora un pulcro y convincente esquema de las causas de la GCE, evidentemente un desafío casi sobrehumano si es que existe siquiera la posibilidad teórica de realizar un trabajo así. Lo que pretendemos nosotros es desviar la atención sobre los actores de carne y hueso en vez de seguir apuntándola

¹ Estas son las conclusiones a las que llega Enrique Moradiellos (2001: 24-25); y se suma más o menos a la misma postura Julio Aróstegui (1996) en el capítulo titulado «Conflicto y guerra civil: el equilibrio de incapacidades».

a unas «fuerzas ciegas» y «tendencias universales». Sobre aquellos hombres que con sus acciones -e inacciones- condujeron a los españoles a la peor de sus guerras civiles. Y como nuestro espacio es limitado, más bien que en acciones propiamente dichas nos limitaremos a subrayar la responsabilidad de los protagonistas en el terreno de la palabra, mostrando hasta qué punto sus discursos contribuían a intensificar las tensiones reinantes, a reducir el espacio potencial para buscar unas soluciones de compromiso, a crear un ambiente en el que gradualmente se llegaría a entender España como una entidad esquizofrénica, escindida en dos pueblos incompatibles que tendrían que luchar entre sí a muerte. Además, a veces no eran resultados lógicos de sus pensamientos, ideas y tácticas racionales, sino más bien productos de sus emociones, egos insuficientemente controlados o de tácticas calculadoras de una lucha por el poder llena de estratagemas y engaños. Hasta tal punto que a veces los discursos motivados por razones personales, emotivas, incluso abiertamente irracionales, surtirán el efecto de rebote en sus propios autores, los dominarán y en algunos casos hasta cobrarán vida propia, arengando a las masas, excitando ánimos y causando estragos. Y todo eso porque no estamos convencidos de que la GCE fuera un cataclismo inevitable, una catástrofe predeterminada, una «muerte anunciada», como nos han tratado de persuadir muchos políticos-protagonistas. Como p. ej. José María Gil Robles, quien tituló sus memorias No fue posible la paz (Barcelona: Ariel, 1968).² Pero también muchos historiadores que interpretan la GCE como culminación de un largo proceso histórico que de una manera casi inevitable desemboca en una gran masacre, ya que las fuerzas del Progreso y las fuerzas de la Reacción en su extremadamente prolongado enfrentamiento mutuo no sabrán encontrar otra solución que la bélica. Esa es más o menos la postura interpretativa de autores como p. ej. Paul Preston, Enrique Moradiellos, Manuel Tuñón de Lara, etc. Sin embargo, hay otros, p. ej. Stanley G. Payne, Julián Casanova, Carlos Gil Andrés, que han llegado a la conclusión de que, pese a una evidente polarización y radicalización de la sociedad española en los años treinta, incluso en la primavera del 36 había cierto espacio para buscar algún otro desenlace que el sangriento. Nuestra principal pregunta en este sentido sigue sin respuesta: ¿por qué no se pudo encontrar un modus vivendi aceptable para todos sin recurrir a una violencia extrema en 1936? Si cuarenta años más tarde, después de la muerte de Franco, los protagonistas, algunos de ellos idénticos a los del 36, serán capaces de hacerlo. Estamos de acuerdo con Antonio Moreno Juste que postula: «La duda de si la guerra civil fue una tragedia innecesaria recorrerá siempre la historia de España» (Moreno Juste 2002: 521). Nos parece interesante -hasta admirable, en cierto sentido- lo que el profesor Negrín, después de la GCE el hombre más odiado y calumniado de toda la España republicana, le dijo en una entrevista a George Orwell:

Inquiría también por las causas de nuestra derrota, que yo sostuve y sostengo más se debió a <u>nuestra inconmensurable incompetencia</u> [subrayado por el autor del artículo], a nuestra falta de moral, a las <u>intrigas</u>, <u>celos y divisiones</u> que corrompían la retaguardia, y por último a <u>nuestra inmensa cobardía</u> que a la carencia de armas. Cuando digo «nuestra», no me refiero naturalmente a los héroes que lucharon hasta la muerte [...] ni a la pobre población civil, siempre hambrienta [...] Me refiero a «nosotros», a los <u>dirigentes irresponsables</u>, quienes, <u>incapaces de prevenir una guerra, que no era inevitable</u>, nos rendimos vergonzosamente, cuando aún era posible luchar y vencer (Moradiellos 2005: 69-70).³

² Hay excepciones, p. ej. Joaquín Chapaprieta, un político centrista y el ex jefe de gobierno radical-cedista, eligió un título muy distinto para sus recuerdos: *La paz fue posible*, Chapaprieta (1972), Barcelona: Ariel.

³ Subrayado del autor del artículo, al igual que en todos los casos que seguirán.

Una sinceridad y una declaración de culpa muy rara entre los protagonistas de una república y de una guerra en la que al fin y al cabo iban a perder casi todos los españoles, salvo un general despiadado de Galicia y su círculo de colaboradores más cercanos.

Lo cierto es que en las últimas décadas, gracias a Clío, no han faltado historiadores que se atrevan a hurgar en el avispero sin temer que puedan sufrir daño sus figuras predilectas o incluso sus ídolos. Si historiar significa buscar la verdad sobre lo ocurrido -claro, siempre dentro de lo posible, con todas las limitaciones propias de una ciencia en principio tan poco científica como es y puede ser la historiografía- sin miedo a posibles consecuencias inesperadas, un historiador debería ser lo suficientemente fuerte como para poder mirar a los hechos y protagonistas sin espejos deformantes de sus simpatías y preferencias. Así que nos unimos a las filas de los analistas que han llegado a la conclusión de que la GCE no fue un terremoto mandado por la Providencia para castigar al pecaminoso pueblo español, sino que fue una tragedia que sí que tuvo sus causas concretas y unos culpables a los que señalar. Como escribió Shlomo Ben-Ami: «El fracaso final de la República no estaba condicionado irreversiblemente por imperativos estructurales ni por las incapacidades intrínsecas de los españoles para el auto-gobierno. Fue causado por las políticas, algunas claramente malas y otras muy inadecuadas, y por la reacción frente a ellas» (Moradiellos 2005: 75). Y como subrayó Ronald Fraser: «La guerra civil tuvo sus orígenes en cuestiones profundamente políticas, y la crisis que la precedió había polarizado y politizado a amplísimos sectores de la opinión pública» (Fraser 1979: 28). Estamos convencidos de que el tema principal de nuestro texto, es decir, la responsabilidad concreta de personajes concretos, una «obra firmada», es muy actual en el mundo actual donde tanto analistas y periodistas como historiadores y sociólogos evitan, cada vez más, las posibles consecuencias desagradables de una crítica centrada en nombres y huyen al mundo elegante y cómodo de etiquetas vacuas: «el gobierno», «la clase política», «Bruselas», etc. Vamos a ver, entonces, cómo contribuyeron cuatro políticos concretos con sus palabras a la hecatombe en la cual se convertirá el fracaso de la II República Española.

Manuel Azaña - un jacobino de buena voluntad

Manuel Azaña (1880-1940), dos veces presidente del Gobierno (1931-33, 1936) y luego presidente de la República (1936-39), puede considerarse el principal símbolo, si no directamente la encarnación viva de la II República. Y también, por lo menos para los historiadores liberales de la izquierda moderada, el arquetipo de la democracia española en los años treinta. En innumerables obras es retratado como un «hombre de buena voluntad» que quiso transformar España en un país moderno, próspero y justo, un hombre que era un demócrata nato y un liberal empedernido. Si no tuvo éxito, fue por la aparición de unos «obstáculos objetivos» que impedirían su benéfica misión. Mucho menos suele leerse, p. ej., sobre su evidente jacobinismo que lo conducirá a un error garrafal, un ataque contraproducente contra la Iglesia. Probablemente bajo la influencia de su trauma

⁴ P. ej. Paul Preston durante décadas presentaba a Azaña en sus numerosos textos más o menos en los términos arriba mencionados. Una excepción la representa su nuevo libro de 2014, El final de la guerra. La última puñalada a la República, Barcelona: Debate. Sin embargo, incluso aquí se vuelve crítico con Azaña más bien por su conducta al final de la guerra, cuando don Manuel se desespera y deja de luchar, si no por una victoria, imposible ya a esas alturas, al menos por una paz negociada y por lo tanto aguantable, como lo estaba haciendo Negrín. Desgraciadamente, Preston dirige poca crítica a los actos y palabras de Azaña de la era republicana, del periodo de preguerra, cuando todavía se podían superar varios obstáculos y evitar muchos peligros.

personal, es decir, una crisis religiosa y la siguiente pérdida de la fe durante la época de sus estudios de Derecho en el Real Colegio de Estudios Superiores María Cristina de El Escorial, Azaña emprende una campaña anticlerical absurdamente dura y despiadada que despertará tanto miedo, en algunos casos incluso odio, entre las clases medias que en sus consecuencias últimas proporcionará un perfecto casus belli integrador a una derecha por aquel entonces fragmentada y desorientada. Tendríamos que buscar mucho para encontrar un discurso tan poco prudente y tan desdichado desde el punto de vista táctico como fue el que Azaña pronunció el 14 de octubre de 1931 y que hasta hoy suele citarse bajo el título España ha dejado de ser católica.⁵ Con aquellas palabras, motivadas evidentemente por emociones no domadas, se ganó muy poco y se perdió muchísimo. Fue una batalla que fácilmente se podía posponer porque la República por aquel entonces tenía misiones que cumplir mucho más actuales e importantes que enzarzarse en una lucha bastante etérea por las almas de los españoles. Además, afirmando semejante «hecho», es decir, que España ya no era un país de católicos, Azaña falsificaba claramente la realidad y probablemente se mentía a sí mismo. Una mentira infantil que pronto se descubriría cuando millones de esos «descreídos» se enfrentaran a una República anticlerical y atea. Pero nuestras críticas van más allá de este caso de un anticlericalismo infantil y nocivo al mismo tiempo. Lo realmente grave de Azaña -y de muchos otros políticos de los años treinta- era su convicción de que el término «democracia» equivalía a la situación «gobernamos nosotros». Azaña entendía la República como su herramienta para transformar España en un país nuevo. Ese era para él el principal valor del régimen. El 7 de junio de 1931 en un mitin electoral de Valencia dice abiertamente:

...porque si en España hay República, no es porque hayamos conseguido un triunfo electoral el 12 de abril. Si en España hay República es porque antes ha habido revolución [...] la República tiene un origen revolucionario. Y <u>habrá República en España mientras se gobierne con espíritu revolucionario</u>, y la República quedará instaurada definitivamente en España cuando la revolución haya concretado su obra, pero no mientras tanto (Espín 1980: 324).

Eso indudablemente no es democracia, eso es apropiarse del Estado y convertirlo en su monopolio. En otra ocasión Azaña dice: «La República cobijará sin duda a todos los españoles», pero enseguida añade: «tendrá que ser una República republicana, pensada para los republicanos, gobernada y dirigida según la voluntad de los republicanos» (Juliá 1990: 62). De esta manera puede construirse una dictadura republicana, sin embargo, en ningún caso semejante interpretación de la realidad política puede conducir a una democracia en el sentido del juego democrático, es decir, el turno pacífico de varias propuestas políticas alternativas. Azaña con frecuencia hablaba sobre «democracia», pero en sus discursos el término «democracia» se funde indisolublemente con un término muy distinto, si no directamente opuesto: «revolución». Con formulaciones elegantes y sofisticadas así lo expresa críticamente Manuel Álvarez Tardío:

La Segunda República fue concebida, desde Azaña hasta Largo Caballero, pasando por Álvaro de Albornoz o Marcelino Domingo [...] como «democracia revolucionaria» y no como democracia liberal y representativa. La nueva democracia, nacida de una ruptura revolucionaria y legitimada en ésta y por ésta, no podría ser el cauce de expresión de intereses contrapuestos y diversos, en la medida en que sólo los que hubieran aceptado la legitimidad revolucionaria de su origen estarían legal y constitucionalmente capacitados para ejercer el poder y ser considerados leales al nuevo régimen (Álvarez Tardío 2005: 310-311).

⁵ Disponible en: http://www.beersandpolitics.com/discursos/manuel-azana-/espana-ha-dejado-de-ser-catolica/373.

Azaña habla como activista revolucionario, como jacobino, no como estadista que busca una «democracia para todos». Otra vez citemos de su discurso del 7 de junio de 1931 pronunciado en Valencia:

...el problema no es de elaboración del Código Constitucional; el problema es otro y todos los discursos sabios que vamos a oír en las Cortes [...] yo os los cambio por trescientos hombres decididos, por trescientos diputados constituyentes anónimos que entren dispuestos a levantarse y fulminar con el rayo de la ira popular a los culpables de la tiranía española, pidiendo su cabeza, si es menester [...] convirtiendo el Parlamento más que en una Academia jurídica, en un instrumento revolucionario que dé forma legal a las aspiraciones del país llevadas a las Cortes... (Espín 1980: 327).

Un año y medio más tarde, el 23 de noviembre de 1932, Azaña en el parlamento ya esgrime unas ideas que se acercan peligrosamente a la visión totalitaria del mundo, tan de moda por aquel entonces casi por toda Europa:

Pues yo <u>no creo en la independencia del Poder judicial</u> [...] ni el Poder judicial, ni el Poder legislativo, ni el Poder ejecutivo pueden ser independientes del espíritu público nacional. [...] No ha habido jamás, ni puede haber jamás, ningún Estado que consienta que una de sus instituciones fundamentales, por las razones que sean, no esté enteramente penetrada del mismo espíritu que penetre todo el Estado (Álvarez Tardío 2005: 53).

Azaña, en sus propias palabras, entendía la República «como empresa demoledora» (Azaña 1990: 634). Así no sorprende tanto que tras la derrota electoral en 1933 Azaña no haya aceptado el gobierno de los radicales y se haya vuelto realmente histérico en el momento en que Gil Robles con su CEDA, es decir, los ganadores de los últimos comicios, quieren entrar en el gabinete. En su discurso de comienzos de enero de 1934 Azaña proclama sinceramente que «la Constitución y el Parlamento no podían servir para entregar el régimen a los enemigos de antes». Y añade que la CEDA y los agrarios «no tenían títulos políticos para ocupar el poder, aunque tuvieran parlamentarios suficientes» (Ruiz-Manjón 2006: 87). Posturas de este tipo –seamos justos, posturas compartidas por la mayoría abrumadora de los protagonistas políticos de aquellos tiempos- difícilmente podían haber conducido a otro resultado que a un conflicto armado. Más todavía cuando recordamos que el 26 de mayo de 1935 Azaña en un mitin multitudinario, organizado en el estadio valenciano de Mestalla, habló de «un ajuste de cuentas» y anunció que en las elecciones futuras la opción sería «entre República y anti-República» (Ruiz-Manjón 2006: 118).

De allí ya queda muy poco trecho para llegar a las dicotomías abiertamente mortíferas como «España» o «anti-España». Tal como lo resumirá Isidro Gomá, arzobispo de Toledo y cardenal primado de la Iglesia española, que el 13 de agosto de 1936 envía un informe reservado acerca de la reciente guerra civil al Papa: «Puede afirmarse que en la actualidad luchan España y la anti-España, la religión y el ateísmo, la civilización cristiana y la barbarie» (Rodríguez Aisa 1981: 23). O, el mismo contenido en una versión más poética, pero no menos letal, por la pluma de José María Pemán en su *Poema de la Bestia y el Ángel* (1938): «el dedo del Señor ha decretado / un destino de estrella para España [...] San Jorge frente al dragón / San Miguel frente a Satán [...] Carne o Espíritu [...] Luzbel o Dios» (Reig Tapia 1999: 210-211). Lo cierto es que los poetas republicanos tampoco se callaban, en noviembre de 1936 León Felipe publica en el diario madrileño *El Sol* un hasta cierto punto asombroso análisis de la situación del momento: «Hay dos Españas: la de los generales bastardos y traidores y la de los poetas hijos de la tierra y de la historia verdadera;

la España de Franco y la España de Machado. La de la hombría y la del señorito degenerado, la del Cid y la de los infantes de Carrión, la de los privilegios de la rapiña y la de la justicia luminosa» (Tuñón de Lara 1985: 303-304). En semejante atmósfera ya no quedará otra opción que eliminar al otro bando. ¿Quién sería tan pervertido para tratar de buscar una solución de compromiso con la «anti-República», «anti-España», con «las tropas de Satán» o con «los infantes de Carrión»? Demasiado tarde, en nuestra opinión, Azaña en su jacobinismo bastante ciego se dará cuenta de lo destructivo que semejante postura puede resultar en una sociedad tan polarizada e histerizada como era la española de los años treinta. Solo parcialmente pueden expurgar su parte de culpa palabras verdaderamente sabias y generosas como las que aparecerán en su discurso del 18 de julio de 1938, conocido generalmente como *Paz, piedad, perdón*: «Yo afirmo que ningún credo político, venga de donde viniere, aunque hubiere sido revelado en una zarza ardiente, tiene derecho, para conquistar el poder, a someter a su país al horrendo martirio que está sufriendo España.»⁶

Francisco Largo Caballero - un Lenin falso

Otro personaje que en nuestra opinión merece ser señalado como uno de los culpables es Francisco Largo Caballero (1869-1946), el líder socialista más influyente de la época republicana. Y recordemos antes de analizar su contribución concreta al fracaso de la República la opinión de Salvador Madariaga, quien en el transcurso de sus deliberaciones sobre el origen de la CGE llegó a la conclusión de que uno de los factores más importantes que la hicieron inevitable fue una guerra civil dentro del partido socialista (Madariaga 1961: 455).

Largo Caballero, un estuquista que abandonó la escuela a los siete años porque lo mandaron a ganarse la vida por su propia cuenta, fue un típico líder sindicalista que desconfiaba de la política y siempre prefería la UGT al PSOE. Lo cual quiere decir que anteponía la «labor pequeña» de defender a los obreros y sus reivindicaciones prácticas (salarios, horarios, seguros, vacaciones) frente a la «revolución» anunciada y propagada por los teóricos marxistas (como fue p. ej. Julián Besteiro). Largo Caballero era un digno heredero del Padre-Fundador del socialismo español Pablo Iglesias, siempre más reformista que revolucionario.⁷ Al igual que el Abuelo, como llamaban a Iglesias, Largo Caballero tampoco se entusiasmaba mucho con términos como la «lucha de clases» o la «dictadura del proletariado». Una dura lección y un gran escarmiento para los reformistas dentro del PSOE fue la participación socialista en la sangrienta (unos setenta muertos y centenares de heridos graves) y en sus resultados desastrosa huelga general revolucionaria de 1917, organizada en colaboración con los anarquistas en contra de las advertencias de Pablo Iglesias. Allí Largo Caballero aprenderá a desconfiar de todo lo ácrata y se reforzará todavía más su aversión a una acción violenta. Ni siquiera la revolución de los bolcheviques rusos puede cambiar su prudente y cautelosa actitud. Por lo tanto no sorprende en lo mínimo el hecho de que sea precisamente Largo Caballero quien está detrás de un gran pacto de mutuo apoyo con el dictador Primo de Rivera, sancionado en 1924. El general Miguel Primo de Rivera, gran admirador del PSOE, ofrece a los socialistas

 $^{^{6}\ \} Disponible\ en:\ http://beersandpolitics.com/discursos/manuel-azana-/las-tres-p-paz-piedad-y-perdon/1148.$

Sobre los primeros tiempos del movimiento socialista español escribe de manera muy interesante Gerald H. Meaker en su libro de 1974: The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923, Stanford: Stanford University Press, pp. 10-14.

colaboración, en concreto un puesto en su Consejo de Estado. El debate acerca de si aceptar o rechazar dicha oferta provocará en el partido una profunda escisión, puesto que los socialistas de tendencias liberales, como p. ej. Indalecio Prieto, se negaban rotundamente a consentir cualquier tipo de colaboración con la dictadura, mientras que los líderes sindicales de la UGT apoyaron la candidatura de Largo Caballero para el cargo mencionado. Este conseguirá su puesto en el Consejo y emprenderá, sin duda alguna, muchas obras buenas para la clase obrera, al menos para la que quería ser representada por los socialistas. Pero paralelamente irá surgiendo una gran rivalidad entre Largo y Prieto que con el tiempo se convertirá en un auténtico odio y poco a poco envenenará el ambiente dentro del movimiento socialista.⁸ Y además se puede ver otra consecuencia grave. Los recuerdos de este capítulo colaboracionista -pues aunque Primo de Rivera fue un dictador bastante peculiar y según algunos lo suyo era más bien una «dictablanda» que una «dictadura», al fin y al cabo fue un dictador autoritario- frente a la caída de la monarquía y el advenimiento de la República se estaban convirtiendo en un pequeño trauma y una fuente de remordimientos. Es más que probable que precisamente esta desagradable situación, cuando Largo Caballero, el principal artífice de las «buenas relaciones» del socialismo con la dictadura, tuvo que soportar varias alusiones a su «pasado traidor», pueda explicar algunos de sus discursos más radicales y revolucionarios. Seamos justos, durante los dos años de la participación del PSOE en el primer gobierno de Azaña, es decir, entre 1931 y 1933, Largo Caballero emprendió en su ministerio de Trabajo y Previsión Social una gran obra legislativa cuyo resultado serían unas leyes y decretos laborales muy progresistas: la jornada de 40 horas semanales, la Ley de Contratos de Trabajo, jurados mixtos con clara preponderancia de los representantes obreros, etc. Una obra que, subrayemos, más bien estaría en consonancia con los laboristas o fabianos británicos que con los bolcheviques rusos.

Pero luego llega el fracaso de la coalición azañista, cae el gobierno y se preparan unas elecciones anticipadas. Y Largo Caballero de repente se radicaliza de un modo espectacular. El 3 de octubre de 1933, durante la campaña electoral, en el cine Europa, Largo habla, o mejor dicho grita, así:

Que conste bien: <u>el Partido Socialista va a la conquista del Poder</u>, y va a la conquista, como digo, <u>legalmente si puede ser</u>. Nosotros deseamos que pueda ser legalmente, con arreglo a la Constitución, y <u>si no, como podamos</u>. Y, cuando eso ocurra, se gobernará como las circunstancias y las condiciones del país lo permitan. Lo que yo confieso es que si se gana la batalla no será para entregar el Poder al enemigo (Elorza – López Alonso 1989: 205).

Mas Largo gritó en vano y después de la derrota de la izquierda en las elecciones de noviembre de 1933 el líder socialista ya pierde los estribos por completo. Y no solamente él, la «enfermedad de Azaña», es decir, algo como «si no gobernamos nosotros, no es República» se apodera de casi toda la cúpula socialista y el PSOE participará activamente en el intento revolucionario (¿o golpista?) del Octubre Rojo de 1934. Una locura que terminará con un balance netamente catastrófico: una derrota por parte del Ejército que dejará unos 1.400 muertos –1.100 de ellos los rebeldes proletarios– más de 2.000 heridos y quizás hasta 30.000 detenidos. Indalecio Prieto era considerado por muchos el político más prudente y moderado de toda la escena política. Miguel Maura, un hombre

⁸ Los conflictos dentro del PSOE quedan detalladamente descritos y analizados en Juliá, Santos (1997), Los socialistas en la política española, Madrid: Taurus, sobre todo en el capítulo 7.

⁹ Para el debate acerca de las estimaciones actuales, véase p. ej. Casanova - Gil Andrés 2009: 140-141.

muy conservador, dijo sobre él: «La característica más destacada de Prieto fue siempre su realismo político. Jamás se dejó llevar por idealismos románticos ni por vaguedades ideológicas» (Madariaga 1961: 455). Pues este mismo Prieto que parecía un defensor incondicional de la República, hombre que durante dos largos años estuvo abogando incansablemente por una estrecha y activa colaboración con los partidos republicanos y no dejaba de repetir su eslogan «primero democracia, más tarde socialismo», ahora parece sufrir un auténtico ataque de locura. El 4 de febrero de 1934, en el cine madrileño Pardiñas, con el aspecto de un típico pequeño burgués y con su indispensable puro, pregona ir hacia «la desaparición de la propiedad privada de la tierra» (Prieto 1975: 201). Y paso seguido se involucrará en la preparación activa del Octubre, tráfico de armas incluido. Mas el Octubre Rojo no significaría solamente una dura derrota del movimiento obrero, un gran derramamiento de sangre y un gran prestigio para el general Franco y sus tropas africanas en «defensa del Orden». El Octubre fue un golpe muy duro para la misma legitimidad de todo el régimen republicano. El hecho de que los socialistas atacasen, armas en mano, la República, en el mismo estilo que los «anarquistas locos», quitaría muchísima credibilidad a la República. Mucha gente empezó a hacerse una pregunta lógica y peligrosa al mismo tiempo: ¿cómo iban a respetar la República y sus leyes los enemigos si no las respetaban siquiera sus fundadores?

A Largo lo encierran en la cárcel y allí, por primera vez en su vida, se pone a estudiar seriamente a los clásicos del marxismo-leninismo. Y mientras tanto tiene lugar un gran cambio en las filas de la UGT y su «sucursal rural» FNTT, es decir, la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra. Mientras que en 1930 la UGT tenía 270.000 miembros y la FNTT 36.000, a mediados de 1932 el balance ya era el siguiente: UGT 1.040.000 miembros, FNTT 390.000 (Preston 1987: 90). En otras palabras, mientras que las bases de la principal organización sindical socialista se multiplicaron por cuatro, la «sucursal campesina» lo hizo por diez y seguiría creciendo. Estos nuevos «socialistas» del campo, extremadamente pobres, atrasados, incultos y a veces realmente desesperados por sus condiciones de vida, representaban un público totalmente distinto al de la típica aristocracia obrera, cualificada, bien pagada y por lo tanto moderada a la que Largo estaba acostumbrado a dirigirse. Los hambrientos analfabetos del campo piden acción, «una revolución aquí y ahora», y Largo, recién instruido en la teoría marxista y leninista, se convence a sí mismo de que él es el Mesías elegido que la guiará. De golpe desaparece el tradicional reformismo y gradualismo cauteloso del viejo veterano sindicalista. Las juventudes socialistas empiezan a llamarlo «Lenin de Madrid» y a Largo, un hombre siempre bastante vanidoso, le gusta el apodo. Algunos historiadores, p. ej. Paul Preston, afirman que Largo rechazaba tal mote y que no era responsable por su difusión. No obstante, Burnett Bolloten, en su monumental trabajo sobre la revolución ocurrida dentro de la guerra civil, de manera convincente sostiene todo lo contrario y cita las palabras que Largo pronunció en su celda en 1935: «Lenin declaró que España sería la segunda República Soviética de Europa. La profecía de Lenin se cumplirá. Yo seré el segundo Lenin que la hará realidad» (Bolloten 1989: 77-78). A decir verdad, Largo siempre fue un oportunista y marcaba sus pasos de acuerdo con las opiniones mayoritarias de las bases. Y las bases, radicalizadas ahora por la avalancha de los campesinos exasperados que van inundando las filas de la UGT, piden en voz alta que la «República burguesa, corrompida» sea barrida por una «revolución histórica». Y Largo, escuchando la sagrada vox populi, se dejará seducir por el extremismo. El 2 de marzo de 1936 lanza estas amenazas

oscuras: «Pero si desde las alturas, a pesar de todo, se realizase una nueva traición, no será al rescate de la República sólo a lo que habrá que ir, sino a algo más.»¹⁰ Desgraciadamente, tenemos que subrayar que la causa de la extrema radicalización de Largo no estribaba solamente en su oportunismo y en la reacción a la cambiante atmósfera dentro de las bases socialistas. Parece que una razón muy fuerte hay que buscarla también en su decepción personal. A Largo no le gustaba el parlamento, ya que él siempre era un orador más bien mediocre y como diputado iba a cosechar pocos éxitos. A diferencia de su gran rival Prieto cuyos discursos en las Cortes de vez en cuando fueron aplaudidos incluso por la oposición. Largo llegó a la conclusión de que él mismo nunca encajaría bien en el ambiente demasiado intelectual del Congreso por lo cual preferiría claramente las tribunas y el público obrero. Allí podía disfrutar aplausos y ovaciones, sin embargo, cada vez más exclusivamente bajo la condición de que lanzara palabras ardientes, violentas, «revolucionarias».¹¹ Bajo esta presión Largo, como buen populista que era, a partir de la primavera de 1936 comienza a actuar de un modo esquizofrénico y extremadamente arriesgado. Por un lado, en el parlamento con una lealtad relativamente sólida apoya al gobierno de Azaña, por el otro, recorre el país y en los mítines anuncia que se estaba acercando la hora de una gran revolución y que los días de la «República burguesa» estaban contados. La diferencia entre su política más o menos prudente y sus discursos apocalípticos poco a poco va llegando a unas dimensiones verdaderamente abismales.¹² Por lo cual las clases altas y medias, asustadas por una palabrería tan «bolchevique», realmente comienzan a ver en aquel albañil bastante ingenuo, si no directamente simplista, un verdadero Lenin. Sin embargo, fue una interpretación totalmente errónea. Largo no era Lenin, hecho que se comprobaría enseguida, ya que Largo desde marzo-abril en sus discursos empieza a jugar con una idea letalmente peligrosa. El 26 de junio de 1936 dice frente a los obreros ugetistas:

No se puede negar que un día puede amanecer con una dictadura. ¡Ah! Pero que tengan en cuenta los que lo hagan que al día siguiente, por muchos entorchados en la bocamanga, la producción no la harán ellos. [...] Si se quieren proporcionar el gusto de dar un golpe de Estado por sorpresa, que lo den [...] No conseguirán más que disfrutar unos días o unos meses de la satisfacción que pueda proporcionarles el mando (Moradiellos 2005: 63).

Largo -y unos cuantos socialistas más- vienen con una especulación netamente suicida. Según esta, el proletariado socialista es tan fuerte que se puede permitir intensificar la ofensiva prerrevolucionaria hasta tal punto que a los conspiradores ultraderechistas y militares no les quede otra opción que intentar dar un golpe de Estado. Luego los socialistas convocarán una huelga general, aplastarán la rebelión y así despejarán el camino para un nuevo gobierno revolucionario controlado por los caballeristas. Es sumamente difícil decidir hasta qué punto Largo se tomaba en serio lo que decía públicamente. P. ej. Paul Preston está convencido de que Largo no era más que un «loro» y que su «leninismo» era puramente verbal (Preston 1987: 139). Y los sin duda auténticos revolucionarios de entre anarquistas y trotskistas nunca creyeron en la leyenda sobre el «Lenin español» y veían en Largo un mero charlatán. Pero la verdad es que en este caso prácticamente

Disponible en: http://www.beersandpolitics.com/discursos/francisco-largo-caballero-/el-frente-popular/ 1568

¹¹ Para consultar varios ejemplos de los «nuevos discursos» de Largo véase p. ej. Thomas 1986: 109 y ss.

¹² Más detalles acerca de la radicalización del PSOE p. ej. en Heywood 1990: 210 y ss., o Payne 1995: 221 y ss.

Así interpreta los discursos de Largo p. ej. Stanley G. Payne (2006: 29), en concreto en la Pregunta 8: ¿Fue inevitable la guerra civil?

es indiferente hasta qué punto Largo creía en lo que decía. Ya que otros sí que lo creyeron, o al menos lo utilizarían como uno de sus argumentos para atacar la «República bolchevique» con armas en las manos. Y triunfarían, pese a toda la cháchara sobre un «proletariado imbatible». Desde este punto de vista estamos totalmente de acuerdo con Javier Tusell, un declarado liberal con evidentes simpatías por la izquierda, que sostiene: «Su [la de Largo Caballero] responsabilidad en el estallido de la guerra civil difícilmente puede ser exagerada» (Tusell 1999: 101).

Gil Robles - un Duce que dejaba mucho que desear

El tercer político que se dejó llevar por su propia palabrería y se convirtió en un personaje hasta cierto punto artificial y falto de autenticidad fue José María Gil Robles (1898-1980), uno de los fundadores de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) y sin duda el político más poderoso de la derecha española en los años 1933-1936. Robles, un joven abogado de Salamanca, era un político de innegable talento que llenó perfectamente el hueco que en las derechas se abrió tras la caída de la Monarquía y que paralizó casi todo el sector derechista durante los primeros meses de la República. La CEDA en sus orígenes se perfilaba como un partido conservador, católico, leal con el orden establecido por la constitución republicana de 1931. Un partido cuyo programa económico y social se inspiraba claramente en la encíclica Rerum Novarum del papa León XIII. Es decir, un intento de levantar un dique protector frente al peligro de una revolución proletaria desarrollando una política basada en una moderada reforma social en el estilo católico conservador. Raymond Carr afirma que Robles «proponía una revolución socioideológica que en muchos puntos coincidiría con las soluciones socialistas» (Carr 2009: 514). Inicialmente, Robles rechazaba rotundamente cualquier tipo de acción armada contra la República y todo apuntaba a que la CEDA iba a imitar a los partidos socialcristianos europeos. Pero luego empiezan a surtir efecto dos procesos paralelos. En primer lugar, el líder de la CEDA se da cuenta de que su postura más o menos leal con la República es poco atractiva para los grandes mecenas de la derecha, las oligarquías tradicionales, que no piensan buscar ningún modo de vivir con el régimen republicano y no escatiman esfuerzos para derrocarlo por cualquier método y precio. Ya en agosto de 1932 se realiza un intento de golpe de Estado, la llamada Sanjurjada, y Robles intuye que tendrá que «pisar el acelerador» si no quiere perder el apoyo de los personajes más ricos e influyentes entre las élites del poder real tradicionales. Por eso ya en octubre de 1933, durante la campaña electoral, en el cine Monumental truena:

Hay que ir a un Estado nuevo, y para ello se imponen deberes y sacrificios. ¡Qué importa que nos cueste hasta derramar sangre! [...] Para realizar este ideal no vamos a detenernos en formas arcaicas. La democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista de un Estado nuevo. Llegado el momento el Parlamento o se somete o le hacemos desaparecer (Elorza – López Alonso 1989: 203).

En segundo lugar, Gil Robles, quien hace poco hablaba con desprecio acerca del fascismo como de una «estadolatría» herética (Carr 2009: 516), rápidamente va descubriendo lo atractivo que puede ser el fascismo mussoliniano para las masas, más que nada para las juventudes cedistas, fascinadas por la figura del *Duce* italiano. Así que pronto quedará más bien poco del programa socialcristiano del partido que cada vez más se está desplazando hacia el corporativismo fascista, o incluso hacia cierta especie de totalitarismo. Por lo menos al nivel de discursos de su líder, que ahora rápidamente se convierte en

«el Jefe». En abril de 1934 en la Lonja de El Escorial se reúnen los jóvenes cedistas en un «acto de afirmación patriótica» en el que se leen los principios programáticos de la JAP (Juventud de Acción Popular). Y allí ya se llega a un desafío abierto a la democracia y el parlamentarismo porque entre los reunidos aparecen consignas que no tienen nada que ver ni con la República democrática ni con el Estado de Derecho. Como p. ej. un axioma peculiar de que «los jefes no se equivocan», o una jerarquía alucinante «ante todo, España, y sobre España, Dios» (Ruiz-Manjón 2006: 93). En los mítines de la CEDA y de la JAP los hombres pedirían a gritos «Todo el poder para el Jefe». Y «el Jefe» se dejaba adular y ocasionalmente perdía el control sobre sí mismo. El 1 de septiembre de 1935 en una concentración cedista en Santiago de Compostela, embriagado por los aplausos de la muchedumbre, anuncia una «revisión total de la Constitución». Y añade que si las Cortes no la aprueban, «son Cortes muertas y deben desaparecer» (Casanova - Gil Andrés 2009: 147). Pero pronto se descubrirá que Gil Robles no es Mussolini, que al Jefe le falta la determinación y el coraje para arriesgarlo todo en una «marcha sobre Madrid». Robles habla, arenga, incluso conspira, pero llegados los momentos críticos, se echa atrás. Actitud que Franco y los demás vencedores de la guerra más tarde le reprocharán repetidamente, de modo que Robles será apartado de la cúpula del régimen franquista. Los hechos en su caso evidentemente no se correspondían con las palabras salvajes y violentas que era capaz de lanzar en la atmósfera electrizante de los mítines políticos.

José Antonio - un fascista demasiado fino

Sin duda podríamos mencionar más personajes que no supieron domar adecuadamente sus propias lenguas y continuaron hablando, hablando y hablando, sin tener en cuenta que «por la boca muere el pez». Un buen ejemplo podría ser José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange Española, un hombre educado, culto, según el reportero inglés Henry Buckley: «una de las personas más agradables de Madrid» (Buckley 1940: 127). Un joven intelectual, gran aficionado a los buenos vinos, coleccionista de grabados británicos de temática hípica, un típico niño mimado de la flor y nata de la alta sociedad española, que de su padre Miguel, el dictador de los años veinte, heredó el título de Grande, en concreto el del tercer marqués de Estella». ¹⁴ No se parecía ni al saltimbanqui exaltado de Mussolini, ni al fanático loco de Hitler. Él mismo todavía en primavera de 1933 albergaba serias dudas acerca de sus propias capacidades como gran líder de masas. Esto le escribía a su primo Julián Pemartín:

La verdad es que dar eficacia a esa idea [fundar un movimiento fascista] sí es cosa que probablemente está reservada a un hombre de extracción popular. El ser caudillo tiene algo de profeta, necesita una dosis de fe, de salud, de entusiasmo y cólera que no es compatible con el refinamiento. Yo, por mi parte, serviría de todo menos para caudillo fascista. La actitud de duda y el sentido irónico, que nunca nos dejan a los que hemos tenido más o menos una curiosidad intelectual, nos inhabilitan para lanzar las robustas afirmaciones sin titubeos que se exigen a los conductores de masas.» (Dávila – Pemartín 1938: 24)

Y Unamuno, con un sarcasmo muy típico de él, expresaba más o menos la misma opinión: «es demasiado fino, demasiado señorito y, en el fondo, tímido para que pueda ser

¹⁴ Un acertado retrato de José Antonio se encuentra en Ridruejo, Dionisio (1976), Casi unas memorias, Barcelona: Planeta, pp. 53-62. La biografía más objetiva dedicada a JAPdR es sin duda la de Julio Gil Pecharromán (1996), la más atractiva y amena para los lectores probablemente la de Gibson, Ian (2008), En busca de José Antonio, Madrid: Aguilar.

un jefe y ni mucho menos un dictador. A esto hay que añadir que una de las cosas más necesarias para ser un jefe de un partido "fajista" es la de ser epiléptico» (Preston 1998: 102).

Sin embargo, el milagro ocurrirá y José Antonio se convertirá en un famoso líder fascista y pronto lanzará unos discursos verdaderamente «epilépticos». Hablará sobre «la dialéctica de los puños y de las pistolas» y explicará que «el mejor destino que puede tener una urna electoral es ser rota» (Tuñón de Lara 1985: 29). La violencia será un concepto clave en sus discursos y se convertirá en la mejor táctica política del fascismo riverista. El punto IX de los llamados *Puntos Iniciales* de la Falange anunciaba: «La violencia puede ser lícita cuando se emplea por un ideal que la justifique. La razón, la justicia y la Patria serán defendidas por la violencia, cuando por la violencia -o por la insidia- se las ataque». O: «La violencia debe ser usada como una fuerza histórica» (Payne 1997: 189). Pero cuando los falangistas empiezan a disparar sus «bicicletas» (un eufemismo utilizado por aquellos tiempos para referirse a pistolas y revólveres) y se derrama sangre de verdad, no solamente la verbal, llena de «valores poéticos»; cuando José Antonio descubre que la violencia no significa solamente una «fuerza purificadora», sino también gritos de dolor, sufrimiento y muerte; de repente el gran apóstol de la «acción violenta» confiesa: «Yo no he nacido para esto, yo he nacido para matemático del siglo XVIII» (Preston 1998: 116). Si Mussolini insistía en que: «Nuestra doctrina es el hecho», en el caso de José Antonio valdría más bien una consigna tipo «Nuestra doctrina es la palabrería ardiente».

Y aún más evidente será la amarga sorpresa de José Antonio acerca de lo que es la violencia real y concreta al cabo de los primeros meses de la Guerra Civil, cuando, confrontado con unas masacres inauditas en la historia del país, pronto desaparece su inicial entusiasmo por la sublevación militar y el «Fascista núm. 1» se ofrece al gobierno republicano como intermediario en las negociaciones entre los dos bandos beligerantes. Una curiosa conversión de un príncipe de la violencia en un mensajero de la paz. Curiosa, pero probablemente sincera, puesto que ni siquiera sus rivales más declarados jamás hablaban de José Antonio como de un hombre mentiroso o hipócrita. El biógrafo de José Antonio, Gil Pecharromán, escribe sobre esta peculiar metamorfosis ocurrida en la cárcel de Alicante: «No cabe hablar de "arrepentimiento" y mucho menos de abandono de sus más firmes convicciones. Pero existen más que indicios de que, una vez que hubo comprobado los efectos desastrosos de la guerra, intentó contribuir a su pronta resolución» (Gil Pecharromán 1996: 503). Pero ya era tarde. Los políticos y sus palabras serían sustituidos por los señores de la guerra, unos profesionales implacables en el uso de la violencia real y palpable, unos hombres que no hablaban, sino que actuaban. Y la consecuencia de su «hacer» no serían aplausos de unas masas encantadas, sino muerte y destrucción.

Conclusión - De las palabras a los hechos, de los hechos a las tumbas

En aquel verano trágico de 1936 se mostrará claramente que muchos políticos en los años anteriores habían desempeñado papeles mediocres. Azaña no era suficientemente demócrata y liberal, Largo Caballero evidentemente distaba mucho de ser un Lenin, Gil Robles estaba lejos de encarnar un verdadero Mussolini, José Antonio no pudo cumplir el rol de un líder fascista «puro y duro». Pero algo sí consiguieron. Con sus discursos a veces tontos, hipócritas y de mal gusto encendieron la mecha de un polvorín que pronto explotaría en la matanza de la GCE. Sus palabras irresponsables afectaron a miles y miles de españoles que realmente llegaron a creer que la futura felicidad de España

radicaba en la eliminación del Enemigo, del Otro, de un «anti-Ser», incompatible con «Nosotros». Sin duda, sería una insensatez y una injusticia tratar de culpar exclusivamente a los protagonistas políticos. Al fin y al cabo, la responsabilidad decisiva recae sobre los conspiradores que emprendieron un ataque armado contra una República todavía medio democrática, una República cuya autoridad había sufrido muchos daños, pero aun así seguía teniendo mil veces más legitimidad que los golpistas. Sin embargo, pese a que la principal responsabilidad por aquellos tres años de guerra y centenares de miles de caídos y asesinados siempre la tendrán sobre todo Franco y compañía, no se puede negar que una nada insignificante parte de culpa deberían cargarla también los políticos mencionados. Hombres irresponsables e insensatos quienes, motivados por razones bastante variadas, entre las que no faltaban móviles exclusivamente personales (egoísmo, fanatismo, vanidad, ambición), echaban leña al fuego contribuyendo a la creación de un ambiente extremadamente explosivo. Stanley G. Payne está convencido de que hicieron mucho para excitar y agitar una población que en su gran parte no daba señales de histerismo extremado:

Sin embargo la amplitud e intensidad de la movilización revolucionaria en la República puede inducir a confusión [...] ya que la mayoría de los ciudadanos y votantes continuaron siendo moderados. El país en su conjunto no era en extremo radical o revolucionario pero contenía grandes minorías revolucionarias que disfrutaban de especiales oportunidades en un sistema democrático nuevo. (Payne 2005: 511-512).

Sobre todo a partir del año 1933 los líderes políticos en las salas de conciertos, en los cines y teatros, en los parques y las calles, o incluso en las plazas de toros, con frecuencia lanzaban sus salvajes diatribas e instigaban a sus fieles a una lucha sangrienta contra los enemigos de la Patria, la fe, la tradición; o, a su vez, contra el progreso, la justicia social, los trabajadores. Como constata Manuel Álvarez Tardío: «...la revolución [y/o la "contrarrevolución", añadimos nosotros] se había convertido en una forma permanente de hacer política, en una estrategia para alcanzar el poder y ponerlo a disposición de una ideología particular» (Álvarez Tardío 2005: 309). Estos «políticos-líderes-instigadores» vivían rodeados de masas de sus partidarios y se negaban a ver otra realidad que la de su entorno. Así se creaban auténticos «acuarios» donde los peces se confirmaban mutuamente como los únicos representantes de la gran pecera llamada España. Los otros acuarios eran «anti-Españas» y se clamaba por su liquidación. El país se iba tornando en un mosaico de acuarios hostiles, «incompatibles» en el lenguaje del momento, cuyos peceshabitantes ya especulaban abiertamente acerca de la «solución final» para con los demás acuarios. Es decir, creando el concepto de «anti-acuario» entró en la sociedad la idea de la extinción de los otros peces, que al fin y al cabo no era otra cosa que jugar con la idea del genocidio abierto del Otro. Entre febrero y julio de 1936 las palabras violentas ya van siendo acompañadas y pronto sustituidas por los actos y hechos violentos que convertirán la vida en España en una interminable serie de atrocidades. Se pondrán a «trabajar» las milicias políticas de todo signo -alfonsinas, carlistas, cedistas, falangistas, socialistas, anarquistas, comunistas, de los independentistas catalanes, etc.- constituidas por jóvenes radicalizados, uniformados y encuadrados en unidades de carácter paramilitar. Los atentados e incidentes de orden público de todo tipo, en muchas ocasiones en represalia por acciones similares de los adversarios políticos, siembran muerte, miedo y odio entre sectores cada vez más amplios de la población. Algunos cálculos hablan de 215 muertos y 537 heridos a causa de este fenómeno (Gil Pecharromán 2002: 232), pero p. ej. Stanley G. Payne corrobora las cifras todavía más altas que expuso en su famoso discurso del 16 de junio de 1936 Gil Robles denunciando 269 muertos y 1.287 heridos (Payne 1990: 282). Las últimas palabras «políticas» que queremos mencionar en este contexto son las de Federica Montseny, la famosa anarquista y también ministra de la República, quien a finales de octubre de 1936, tras los primeros meses de guerra, pronuncia un discurso que suele presentarse bajo un título muy elocuente: *O matamos nosotros, o nos matan ellos.* En la cita inicial de este trabajo George R. R. Martin utiliza la metáfora del arquero afirmando que «Las palabras son como flechas». Pero nosotros, teniendo en cuenta los horrores del siglo XX, pensamos también en otro símil: algunas palabras son como locomotoras que tiran tras de sí de largos trenes cargados de odio, xenofobia, racismo, violencia y materia semejante. Igualmente van cargados de gente, de mucha gente. Y estos trenes pueden tener destinos a veces muy trágicos.

Bibliografía

ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel (2005), El camino a la democracia en España. 1931 y 1978, Madrid: Gota a Gota Ediciones.

Aróstegui, Julio (1996), La guerra civil, 1936-1939. La ruptura democrática, Madrid: Temas de hoy.

Azaña, Manuel (1990), Obras completas, Madrid: Giner, D. L., t. II.

Bolloten, Burnett (1989), La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución, Madrid: Alianza Editorial.

Buckley, Henry (1940), Life and Death of Spanish Republic, London: H. Hamilton.

CARR, Raymond (2009), España 1808-2008, Barcelona: Editorial Ariel.

Casanova, Julián – Gil Andrés, Carlos (2009), Historia de España en el siglo XX, Barcelona: Ariel.

DÁVILA, Sancho - Pemartín, Julián (1938), Hacia la historia de la Falange: Primera contribución de Sevilla, Jerez de la Frontera: Tip. Jerez Industrial.

ELORZA, Antonio – LÓPEZ ALONSO, Carmen (1989), Arcaísmo y modernidad. Pensamiento político en España. Siglos XIX-XX, Madrid: Historia 16.

Espín, Eduardo (1980), Azaña en el poder. El partido de Acción Republicana, Madrid: CIS. Fraser, Ronald (1979), Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil, Barcelona: Crítica, vol. 1.

GIBSON, Ian (2008 [1980]), En busca de José Antonio, Madrid: Aguilar.

GIL PECHARROMÁN, Julio (1996), José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario, Madrid: Temas de Hoy.

GIL PECHARROMÁN, Julio (2002), Historia de la Segunda República Española (1931-1936), Madrid: Biblioteca Nueva.

GIL ROBLES, José María (1968), No fue posible la paz, Esplugues de Llobregat: Ariel.

Heywood, Paul (1993), *El marxismo y el fracaso del socialismo en España, 1879-1936,* Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.

Julia, Santos (1990), Manuel Azaña. Una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional, Madrid: Alianza Editorial.

Juliá, Santos (1997), Los socialistas en la política española, Madrid: Taurus.

MADARIAGA, Salvador de (1961) Spain: A Modern History, New York: Frederick A. Praeger.

El discurso de Montseny del 25 de octubre de 1936 puede encontrarse en: http://www.beersandpolitics.com/discursos/frederica-montseny/o-matamos-nosotros-o-nos-matan-ellos/1121.

Meaker, Gerald H. (1974), *The Revolutionary Left in Spain*, 1914-1923, Stanford: Stanford University Press.

MORADIELLOS, Enrique (2001), El reñidero de Europa (Las dimensiones internacionales de la guerra civil española), Barcelona: Península.

MORADIELLOS, Enrique (2005), 1936. Los mitos de la Guerra Civil, Barcelona: Península.

MORENO JUSTE, Antonio (2002), «La guerra civil (1936-1939)», in: PAREDES, Javier (coord.), Historia contemporánea de España (siglo XX), Barcelona: Ariel Historia.

Otero, Luis (2000), Flechas y Pelayos, Madrid: Edaf.

Payne, Stanley G. (1990), «Political Violence During the Spanish Second Republic», Journal of Contemporary History XV, 269-288.

Payne, Stanley G. (1995), La primera democracia española. La Segunda República, 1931-1936, Barcelona: Paidós Ibérica.

Payne, Stanley G. (1997), Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español. Historia de la Falange y del Movimiento Nacional (1923-1977), Barcelona: Planeta.

PAYNE, Stanley G. (2005), El colapso de la República, Madrid: La Esfera de los Libros.

Payne, Stanley G. (2006), 40 preguntas fundamentales sobre la Guerra Civil.

http://www.hvfasgcm.org/Descargas/40%20preguntas%20sobre%20la%20Guerra%20Civil.pdf

Preston, Paul (1987), La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República, Madrid: Alianza Editorial.

Preston, Paul (1998), Las tres Españas del 36, Barcelona: Plaza & Janés.

Preston, Paul (2014), El final de la guerra. La última puñalada a la República, Barcelona: Debate.

Prieto, Indalecio (1975), Discursos fundamentales, Madrid: Turner.

Reig Tapia, Alberto (2000), Memoria de la guerra civil. Los mitos de la tribu, Madrid: Alianza Editorial.

Rodríguez Aisa, María Luisa (1981), El cardenal Gomá y la guerra de España. Aspectos de la gestión pública del Primado, 1936-1939, Madrid: CSIC,

Ridruejo, Dionisio (1976), Casi unas memorias, Barcelona: Planeta.

Ruiz-Manjón, Octavio (2006), «La vida política en el segundo bienio republicano», in: Juliá, Santos (coord.), *República y guerra en España (1931-1939)*, Madrid: Espasa Calpe.

THOMAS, Hugh (1977), The Spanish Civil War, London: Hamish Hmilton.

Tuñón de Lara, Manuel et al. (1985), *La Guerra Civil Española, 50 años después,* Barcelona: Labor.

Tusell, Javier (1999), Historia de España en el siglo XX. II. La crisis de los años treinta: República y Guerra Civil, Madrid: Taurus.